

Que de esa incultura, que en la afición se refleja, no sean ellos responsables, es verdad como un templo; que con una educación de sentimientos fina y delicada no se explica el entusiasmo taurino, si no es morboso, también hay que tenerlo por inconcuso. Y sálvense, como es de rigor, las excepciones honrosas.

Que no es fiesta del intelecto no hay que decirlo. Basta mirar la Plaza cuando más sonada es la baraúnda que hay en ella.

Que no es posible que lo sea, cuando se place en el martirio, en la tortura, en la muerte, por evidentísimo hay que tenerlo.

Es más; si el público taurino, por necesidad, hubiera de reclutarse entre las gentes que más saben, que máspreciadas son por sus prendas de espíritu, que más piensan, que más discurren, las plazas encontraríanse medio vacías.

Las llena en gran parte un público al que no se quiere ilustrar.

Si se le ilustrase ya no tendría tanta afición a **los toros**.

Si se afinara en la hermosura de sus sentimientos, más grandes y más claros que en ninguna otra clase social, tampoco sería fácil que prevaleciesen las corridas taurómacas.

Mantiénelas, en una porción de gentes que las ve, la incultura, el ignorar, el no saber.

Y con la ignorancia, la ausencia de un enjambre de preseas espirituales que se conquistan, casi siempre, en la delicadeza del trato, en el de los libros, en el disfrute de goces de carácter moral desgraciadamente no al alcance de todos los hombres, no por falta de aptitud, de propensión en ellos, sino por deficiencias de la pobre cultura que pudieron recibir.

No es, pues, y se explica, de los más intelectualmente educados, el público taurino; de él al teatral, al teatral que se entera de lo que ve, hay un abismo.

Más fácil es alborotar, emocionarse con las excitaciones fuertes de la Plaza, subir hasta el delirio del en-

tusiasmo ante un toro que mata muchos pencos o frente a un matador que de una estocada despide a su enemigo para el otro mundo, que placerse, con placer hondo, en las espiritualidades de una comedia psicológica o de un buen drama que despierte verdaderos afectos.

Eso de la mirada, que antes se decía, basta para meterse en la cultura de los dos públicos.

Cierto que el uno, el teatral, es el mismo, en parte, del de **los toros**, porque la moda hace mucho, en esto, y una convención ha promulgado que Clemente debe ir donde la gente vaya. Pero verdad también que el de las teatros es el más seleccionado, el distinguido, el más culto.

Las broncas, las protestas, el prurito de bullear, la ruidosa algarabía, la forma como se exterioriza el sentir, todo dice de caracteres y notas que la ineducación comprende.

No; no se desprende cultural, producto de **los toros**. Se da el caso, en ellos, de que hasta no entienden de toros el noventa y nueve por ciento de los espectadores.

Verdad que para el goce que los más sacan de esa fiesta no es preciso entender, pero así es el público que la frecuente.

No aparece culto él ni aun en aquello de que es devoto y creyente empedernido.

En otras disciplinas, cuanto más en ellas se penetre, cuanto mejor se comprendan, más satisfacción espiritual experimentase tratándolas.

En ésta, si disciplina llegase a ser, basta con no despreciarla, que el goce que produce en los más no viene de entenderla, sino de emocionarse con los accidentes de su desarrollo en la práctica.

No indica en ello mucha cultura, aunque sí, en ese sentido, tiende a no desmentir el carácter que ostentar debe el arte.

Sea, pues, arte el toreo.

Mas no se discuta referentemente a la cultura que supone.

Tan desmedrada es, que no nos la